

## Sobre *Alpargatas contra libros* (reseña)

**María Rosa Lojo (Universidad del Salvador – CONICET)**  
mrlojo@conicet.gov.ar

[Javier de Navascués. *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo (1945-1955)*. Madrid: Iberoamericana, 2017, 237 pp.]

Desde una mirada europea, fundado en un serio y sostenido estudio de la literatura argentina, Javier de Navascués aborda la ambigua y problemática relación entre los intelectuales y las masas, focalizándola en un fenómeno que dividió aguas: el período del primer peronismo (1945-1955). Si los extranjeros se han quejado a menudo de las dificultades para comprender la índole del peronismo (o justicialismo) como fenómeno socio político y cultural, no ocurrió de manera muy diferente en las élites de la sociedad que le dio origen. Los intelectuales en su gran mayoría siguieron adscribiendo a las ideas liberales (o de la izquierda tradicional) dominantes en la época, rechazaron la resignificación de la “masa” como “pueblo” y propusieron la asimilación de este complejo (a la vez que único) movimiento, a diversos moldes preexistentes. Bien los externos y contemporáneos, como el nazi-fascismo; bien los propios y antiguos, remitiéndose al caudillismo “bárbaro” de la Argentina decimonónica.

Con una implacable y elegante “hermenéutica de la sospecha”, Navascués analiza los textos producidos tanto por la prensa como por la literatura opositoras, que suelen coincidir en un abanico básico de imágenes negativas proyectadas sobre el enemigo común: animalización y carnalización siniestra de las masas que siguen a Perón, impostura teatral, invasión feroz de los espacios públicos y privados, inmolación cruel de los disidentes. Las manifestaciones multitudinarias, sin embargo, pueden llegar a ser vistas con simpatía en memorias y crónicas de figuras destacadas de la izquierda cultural (María Rosa Oliver) o de la óptica liberal (Victoria Ocampo), siempre y cuando no se trate de masas peronistas en espacios locales...

A la vez, Navascués pone en paralelo estas alarmas narrativas con los itinerarios biográficos de los literatos opositores, quienes, mientras les fue posible, de hecho continuaron manejando el campo de la cultura, y, desde revistas e instituciones prestigiosas, como *Sur*, la Sociedad Argentina de Escritores o la Academia Argentina de Letras, ejercieron un poder de veto y exclusión sobre aquellos pares (la minoría) que simpatizaron con el peronismo o se plegaron a él.

Algunas imágenes, muestra el autor, alcanzan una fortuna perdurable, más allá de la coyuntura, como la serie de casas invadidas, o “casas tomadas”, que poblarán hasta nuestros días el imaginario argentino partiendo del relato homónimo de Julio Cortázar. Sus análisis ponen sagazmente de manifiesto la endeblez objetiva de relatos con intenciones presuntamente testimoniales y de denuncia, y resaltan su fuerte artificialidad literaria, pasando por “La fiesta del Monstruo”, de Borges y Bioy Casares, la novela *El incendio y las vísperas*, de Beatriz Guido, los cuentos alegórico-simbólico simbólicos de Martínez Estrada, así como otras ficciones de Borges y de Bioy. Es de gran interés asimismo su examen del caso Manuel Gálvez, que, junto con su mujer, la poeta Delfina Bunge, gira, como otros católicos, desde “una nueva emoción” positiva, hacia novelas de tesis contrarias al peronismo (*El uno y la multitud; Tránsito Guzmán*), a medida que la Iglesia se separa del líder.

Por fin, Navascués aborda la obra del más prominente entre los escritores peronistas: Leopoldo Marechal (1900-1970). Formado en las mismas tradiciones culturales que sus colegas de juventud, empezando por Borges, coetáneo y compañero de andanzas vanguardistas, queda del otro lado de la línea por su opción política. El núcleo intelectual dominante lo enjuiciará duramente y recibirá con repulsa explícita o con silencio su obra maestra: *Adán Buenosayres* (1948). En ese mismo año, por otra parte, Marechal, que era Director de Cultura desde el año 1945 (antes de la primera presidencia de Perón), es transferido a un puesto de menor jerarquía: la Dirección de Enseñanza Superior y Artística, subordinada a la recién constituida Secretaría de Cultura.

Como advierte Navascués, su encuadramiento partidario no le trajo los encumbramientos más notorios (reservados a figuras irrelevantes o secundarias en el área cultural, pero funcionales en la arena política), mientras que su condena por parte de los medios intelectuales solo habría de levantarla, veinte años más tarde, otra generación: la de los jóvenes colocados en el área de la nueva izquierda, o de la llamada “izquierda nacional” pero, en cualquier caso, dispuestos a desprenderse del paradigma liberal de *Sur*, ya en franco retroceso.

En la figura de Marechal se condensan, como en pocas, las diversas paradojas que puede afrontar el artista comprometido con una causa. Nunca fue el “intelectual orgánico” que el peronismo en verdad no necesitaba (porque prefería la comunicación directa entre el líder y el pueblo), pero quedó largamente segregado del canon y del centro de la vida intelectual. Compartió, hasta el fin, los postulados sociales del movimiento peronista, aunque preservando la singularidad, originalidad e independencia de la libertad creativa.

Megafón, el Autodidacto de su última novela, es leído por Navascués, entre otras posibilidades, como figura de ese intelectual a la vez solitario y solidario, que, con un pequeño grupo de discípulos y compañeros, “inva-de” las casas y los refugios de los representantes arquetípicos de la Argentina post-peronista y des-peronizada, para hacerles tomar conciencia de sus defecciones y de sus crímenes mediante una catarsis incruenta, trágica y grotesca. Es también el chivo expiatorio que, a semejanza de un

Cristo, carga sobre sí voluntariamente con los pecados de la comunidad y se ofrece al sacrificio. Desde la soledad y la muerte en un recinto secreto, deja su legado para el futuro: la “gran voz” que reverbera en el tiempo. ¿Fueron las distancias entre Marechal y Borges, escritores, tan grandes como podría inferirse? Navascués demuestra que no. Ambos fueron conscientes de las posibilidades del artista de la periferia que recibe como herencia la tradición occidental; ambos la pusieron en fecunda interacción con lo específico y local argentino. Los dos tomaron elementos de los géneros populares.

La proximidad, a la vez que la complementariedad, destacan en sus obras más famosas: “Las líneas de Borges y Marechal se alejan y se vuelven a encontrar, por ejemplo, en *Adán Buenosayres* y “El Aleph”, la enciclopedia y la miniatura. En estos dos textos contemporáneos se refiere el drama del poeta que pierde a una amada ideal, incomprensiva y perdida en el más allá de la muerte. Beatriz Viterbo o Solveig Amundsen son modulaciones de un arquetipo de la mujer accesible desde la cultura letrada, así como los intentos de transmutarla en materia literaria nos remiten a Dante, figura tutelar de las dos piezas”.

Aunque veamos a uno adscripto al “escepticismo liberal” y otro al “nacionalismo populista”, ambos “ejemplifican las tensiones y contradicciones del escritor de su tiempo, formado en la conciencia de pertenecer a una minoría formada en los valores humanísticos y, al mismo tiempo, volcado en la preocupación por un mundo en transformación política y social.” Un mundo de alpargatas tanto como de libros. De necesidades materiales y de expresión simbólica.

Para los dos, por cierto, desde el amor o desde el temor, desde la individualidad o el anhelo de comunión, la masa, con sus pasiones y sus pulsiones, está en una agenda urgente e inexcusable que ellos, los hermanos temporariamente enemigos, de un modo u otro debieron enfrentar.